

gabinete de relatos

fortunato ruiz verdugo

volumen 1

~~sintitulo~~

gabinete de relatos

volumen 1

Primera edición: febrero 2018

Primera reedición: septiembre 2019

"gabinete de relatos, vol. 1"

D. R. © Fortunato Ruiz Verdugo, "Método de lectura atenta, vol. 1"



De la edición:

Licencia Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Se permite copiar y compartir esta edición por cualquier medio, siempre y cuando no se haga con fines comerciales, no se modifique el contenido, se respete su autoría y esta nota se mantenga.

Editado por ~~sintitulo~~

Calzada Central 45 [3] Ciudad Granja 45010

Zapopan, Jalisco, México

Editor en jefe: Alejandro López Morales

Cuidado de la edición: Fortunato Ruiz Verdugo, Alejandro López Morales

Corrección: Olivia Argelia Chávez Pérez, Sarah Medina Delgado

Diseño y composición: ~~sintitulo~~

Terminados de impresión: Gráfica 414

La selección de títulos se encontró a cargo de FRV.

La impresión consta de 700 ejemplares.

Derecho de autor: en trámite

ISBN: 978-607-99548-1-9 / ISBN colección: 978-607-99548-0-2

Impreso y hecho en México / "Printed and made in Mexico"

colección **GABINETE
DE
MARAVILLAS**

www.sintitulo.mx

gabinete de relatos

fortunato ruiz verdugo

método de lectura atenta

volumen 1

~~sintitulo~~

Índice

Nota introductoria	9
Historia de Abdula, el mendigo ciego El libro de las Mil y Una Noches	13
Gilgamesh se salva del diluvio Anónimo de Babilonia	23
El brujo postergado Don Juan Manuel	31
La sentencia Wu Ch'eng En	41
VI. "A todo vapor" Julio Verne	47
"Diario de Jonathan Harker" Bram Stoker	65
IV. "Séptima.—Hechicera" Marcel Schwob	73
La puerta y el pino Robert Luis Stevenson	83
El secreto Lafcadio Hearn	93
El guardavías Charles Dickens	105
Una voz en la noche William Hope Hodgson	131

Sredni Vashtar Saki	157
La dama del perrito Antón Chéjov	171
El honor de Israel Gow Gilbert K. Chesterton	201
Ante la ley Franz Kafka	229

×

Nota introductoria

Fortunato Ruiz Verdugo

Leer es reconocer los signos que integran un texto, comprender el significado interno de una obra, en el sentido más antiguo del griego equivale a escoger o elegir y en el latín se asocia con examinar. En cualquier caso es una actividad que conlleva tanto la acción humana de reconocer códigos registrados en objetos como la noción de una operación íntima que, aunque nace de él, nada tiene que ver con el mundo exterior.

Esta simple afirmación bastaría para ponderar de manera sobresaliente la actividad de leer. Sin embargo, vale la pena señalar que el hábito de la lectura, cuando se realiza con un método, conduce además a las virtudes de la templanza y la fortaleza.

La lectura debe ser dinámica y participativa, utilizar un grado determinado de atención que lleve al lector tanto por el camino de la comprensión como el de la introspección. El grado de acercamiento que se tenga a los elementos del contenido dirige hacia la profundi-

dad de análisis y reflexión. Si bien no hay lectura que sea totalmente pasiva o únicamente receptiva, si no se tienen las herramientas necesarias para la comprensión será complicado o imposible que se entienda cabalmente el escrito y se realice el proceso interno del pensamiento. Un método lleva por el camino inequívoco sin permitir extravíos y confusiones que impidan el reconocimiento de las principales vertientes de la escritura.

El presente libro propone una metodología simple y común de lectura atenta. Mediante ella los lectores pueden aproximarse al texto, interpretarlo y reestructurarlo absolutamente a la usanza tradicional de la cultura.

Gabinete de relatos incluye solamente textos de carácter literario porque estoy seguro de que una de las formas más efectivas de conocer el mundo y al propio ser humano es la experimentación del hecho estético. Discernir sobre éste es también abarcar la tradición. Vivir el arte es descubrir caminos hacia el corazón del mundo, observar parte de la esencia humana y percibir de manera natural el espíritu de uno mismo.

Al leer con método se ejercita el pensamiento y se crea una obra propia que mientras intensifica la actividad neuronal incrementa los espacios en los que se despliega el ser de cada uno. El universo es un libro decían los antiguos. Percibirlo de manera pertinente origina una relación más certera con la experiencia humana del mundo. Tanto el método como las lecturas de *Gabinete de relatos* sirven para apropiarse de perspectivas y apoderarse de verdades, son una oportunidad de evolución académica, intelectual, artística y personal.

℞

Fortunato Ruiz Verdugo (Los Mochis, MX, 1969) nació en Los Mochis, Sinaloa. Educado dentro de los modelos académicos del mundo de las letras, la filosofía y la pedagogía, se formó como estudiante y profesionista en la Universidad de Guadalajara, así como en otras instituciones educativas. El autor ha desarrollado una serie de conocimientos específicos en la educación. Su estilo como creador literario envuelve el tema de la contemporaneidad mexicana a través del mundo de la mitología, la ensoñación y la fantasía, bajo una fina capa de incertidumbre entre la realidad y la ficción.

Fortunato Ruiz Verdugo vive y trabaja en Guadalajara, México.

Historia de Abdula, el mendigo ciego

El libro de las Mil y Una Noches¹
(Siglo XV)

...El mendigo ciego que había jurado no recibir ninguna limosna que no estuviera acompañada de una bofetada, refirió al Califa su historia:

—Comendador de los Creyentes, he nacido en Bagdad. Con la herencia de mis padres y con mi trabajo, compré ochenta camellos que alquilaba a los mercaderes de las caravanas que se dirigían a las ciudades y a los confines de nuestro dilatado imperio.

Una tarde que volvía de Bassorah con mi recua vacía, me detuve para que pastaran los camellos; los vigilaba, sentado a la sombra de un árbol, ante una fuente, cuando llegó un derviche que iba a pie a Bassorah. Nos saludamos, sacamos nuestras provisiones y nos pusimos a

¹ *El libro de las Mil y Una Noches*, famosa compilación de cuentos árabes, hecha en El Cairo, a mediados del siglo XV. Europa la conoció gracias al orientalista francés Antoine Galland. En inglés existen las versiones de Lane, Burton y Payne; en español existe la compilación de Rafael Cansinos Assens, entre otras.

comer fraternalmente. El derviche, mirando mis numerosos camellos, me dijo que no lejos de ahí, una montaña recelaba un tesoro tan infinito que aun después de cargar de joyas y de oro los ochenta camellos, no se notaría mengua en él. Arrebatado de gozo me arrojé al cuello del derviche y le rogué que me indicara el sitio, ofreciendo darle en agradecimiento un camello cargado. El derviche entendió que la codicia me hacía perder el buen sentido y me contestó:

—Hermano, debes comprender que tu oferta no guarda proporción con la fineza que esperas de mí. Puedo no hablarte más del tesoro y guardar mi secreto. Pero te quiero bien y te haré una proposición más cabal. Iremos a la montaña del tesoro y cargaremos los ochenta camellos; me darás cuarenta y te quedarás con otros cuarenta, y luego nos separaremos, tomando cada cual su camino.

Esta proposición razonable me pareció durísima; veía como un quebranto la pérdida de los cuarenta camellos y me escandalizaba que el derviche, un hombre harapiento, fuera no menos rico que yo. Accedí, sin embargo, para no arrepentirme hasta la muerte de haber perdido esa ocasión.

Reuní los camellos y nos encaminamos a un valle, rodeado de montañas altísimas, en el que entramos por un desfiladero tan estrecho que sólo un camello podía pasar de frente.

El derviche hizo un haz de leña con las ramas secas que recogió en el valle, lo encendió por medio de unos polvos aromáticos, pronunció palabras incomprensibles, y vimos, a través de la humareda, que se abría la montaña y que había un palacio en el centro. Entramos, y lo primero que se ofreció a mi vista deslumbrada fueron

unos montones de oro sobre los que se arrojó mi codicia como el águila sobre la presa, y empecé a llenar las bolsas que llevaba.

El derviche hizo otro tanto; noté que prefería las piedras preciosas al oro y resolví copiar su ejemplo. Ya cargados mis ochenta camellos, el derviche, antes de cerrar la montaña, sacó de una jarra de plata una cajita de madera de sándalo que, según me hizo ver, contenía una pomada, y la guardó en el seno.

Salimos; la montaña se cerró; nos repartimos los ochenta camellos y valiéndome de las palabras más expresivas le agradecí la fineza que me había hecho; nos abrazamos con sumo alborozo y cada cual tomó su camino.

No había dado cien pasos cuando el numen de la codicia me acometió. Me arrepentí de haber cedido mis cuarenta camellos y su carga preciosa, y resolví quitárselos al derviche, por buenas o por malas. El derviche no necesita esas riquezas —pensé—; conoce el lugar del tesoro; además, está hecho a la indigencia.

Hice parar mis camellos y retrocedí corriendo y gritando para que se detuviera el derviche. Lo alcancé.

—Hermano —le dije—, he reflexionado que eres un hombre acostumbrado a vivir pacíficamente, sólo experto en la oración y en la devoción, y que no podrás nunca dirigir cuarenta camellos. Si quieres creerme, quédate solamente con treinta; aun así te verás en apuros para gobernarlos.

—Tienes razón —me respondió el derviche—. No había pensado en ello. Escoge los diez que más te acomoden, llévatelos y que Dios te guarde.

Aparté diez camellos que incorporé a los míos; pero la misma prontitud con que había cedido el derviche, encendió mi codicia. Volví de nuevo atrás y le repetí el mismo razonamiento, encareciéndole la dificultad que tendría para gobernar los camellos, y me llevé otros diez. Semejante al hidrópico que más sediento se halla cuanto más bebe, mi codicia aumentaba a la condescendencia del derviche. Logré, a fuerza de besos y de bendiciones, que me devolviera todos los camellos con su carga de oro y de pedrería. Al entregarme el último de todos, me dijo:

—Haz buen uso de estas riquezas y recuerda que Dios, que te las ha dado, puede quitártelas si no socorres a los menesterosos, a quienes la misericordia divina deja en el desamparo para que los ricos ejerciten su caridad y merezcan, así, una recompensa mayor en el Paraíso.

La codicia me había ofuscado de tal modo el entendimiento que, al darle gracias por la cesión de mis camellos, sólo pensaba en la cajita de sándalo que el derviche había guardado con tanto esmero.

Presumiendo que la pomada debía encerrar alguna maravillosa virtud, le rogué que me la diera, diciéndole que un hombre como él, que había renunciado a todas las vanidades del mundo, no necesitaba pomadas.

En mi interior estaba resuelto a quitársela por la fuerza, pero, lejos de rehusármela, el derviche sacó la cajita del seno, y me la entregó.

Cuando la tuve en las manos, la abrí; mirando la pomada que contenía, le dije:

—Puesto que tu bondad es tan grande, te ruego que me digas cuáles son las virtudes de esta pomada.

—Son prodigiosas —me contestó—. Frotando con ella el ojo izquierdo y cerrando el derecho, se ven distin-

tamente todos los tesoros ocultos en las entrañas de la tierra. Frotando el ojo derecho, se pierde la vista de los dos.

Maravillado, le rogué que me frotase con la pomada el ojo izquierdo.

El derviche accedió. Apenas me hubo frotado el ojo, aparecieron a mi vista tantos y tan diversos tesoros, que volvió a encenderse mi codicia. No me cansaba de contemplar tan infinitas riquezas, pero como me era preciso tener cerrado y cubierto con la mano el ojo derecho, y esto me fatigaba, rogué al derviche que me frotase con la pomada el ojo derecho, para ver más tesoros.

—Ya te dije —me contestó— que si aplicas la pomada al ojo derecho, perderás la vista.

—Hermano —le repliqué sonriendo— es imposible que esta pomada tenga dos cualidades tan contrarias y dos virtudes tan diversas.

Largo rato porfiamos; finalmente el derviche, tomando a Dios por testigo de que me decía la verdad, cedió a mis instancias. Yo cerré el ojo izquierdo, el derviche me frotó con la pomada el ojo derecho. Cuando los abrí, estaba ciego.

Aunque tarde, conocí que el miserable deseo de riquezas me había perdido y maldije mi desmesurada codicia. Me arrojé a los pies del derviche.

—Hermano —le dije—, tú que siempre me has complacido y que eres tan sabio, devuélveme la vista.

—Desventurado —me respondió—, ¿no te previne de antemano y no hice todos los esfuerzos para preservarte de esta desdicha? Conozco, sí, muchos secretos, como has podido comprobar en el tiempo que hemos estado juntos, pero no conozco el secreto capaz de devolverte la

luz. Dios te había colmado de riquezas que eras indigno de poseer; te las ha quitado para castigar tu codicia.

Reunió mis ochenta camellos y prosiguió con ellos su camino, dejándome solo y desamparado, sin atender a mis lágrimas y a mis súplicas. Desesperado, no sé cuantos días erré por esas montañas; unos peregrinos me recogieron.

El libro de las Mil y Una Noches

“Antología de la Literatura Fantástica”, Jorge Luis Borges, Silvina Ocampo, Adolfo Bioy Casares. Editorial Sudamericana, S. A., 1965. Primera edición en México: octubre de 1987. Primera reimpresión: noviembre de 1988. Editorial Hermes, S. A.: México, D. F., México, 1988.

Ejercicios de comprensión

Historia de Abdula, el mendigo ciego

I. Argumento y elementos principales

- Escribe, en un mínimo de 50 palabras, de qué trata el texto.
- ¿Cuáles son los personajes del cuento?
- ¿En qué lugar o lugares se desarrolla el relato?

II. Extracción de información

- Haz una descripción del derviche.
- ¿Por qué razón el mendigo ciego ha jurado no recibir limosna que no esté acompañada de una cachetada?
- ¿Por qué al mercader de camellos le pareció “durísima” la propuesta del derviche?
- ¿Cuál es el razonamiento con que convence al derviche de entregarle todos sus camellos cargados de riquezas?
- ¿Cuáles son las cualidades de la pomada del derviche?

III. Opiniones y comentarios

- ¿Qué opinas de la actitud del mercader de camellos con respecto a la codicia?
- ¿Te parece correcto que el derviche haya aplicado la pomada en ambos ojos a Abdula?

IV. Procesos literarios

- ¿Qué diferencia encuentras entre el Abdula ciego y el Abdula codicioso?

V. Recreación

- Imagina y escribe (en 75 palabras) cómo fue la vida del mendigo ciego después de ser abandonado por el derviche y antes de ser encontrado por los peregrinos que lo recogieron.

Gilgamesh se salva del diluvio

Anónimo de Babilonia¹

Al séptimo día la nave estuvo terminada. Todo lo que yo tenía de plata y de oro lo cargué. Toda semilla de vida la hice subir a la nave: toda mi familia y mi parentela. Animales de los campos, bestias salvajes. A todos los hice subir. El dios Shamash me había fijado el momento: por la mañana lloverá salvado, por la tarde una lluvia de trigo; entra entonces en la nave y cierra la puerta. Ese momento llegó: por la mañana llovió salvado, por

¹ La *Epopéya de Gilgamesh* o el *Poema de Gilgamesh* es una narración acadia en verso sobre las peripecias del rey Gilgamesh (también transcrito como *Gilgameš*). Esta basada en cinco poemas independientes sumerios que constituyen la obra épica más antigua conocida.

El núcleo sentimental del poema se encuentra en el duelo de Gilgamesh tras la muerte de su amigo. Gilgamesh emprende la búsqueda de la inmortalidad, la cual le lleva hasta los confines del mundo, donde viven el sabio Utnapishtim y su mujer, únicos supervivientes del Diluvio, a los que los dioses concedieron el don que Gilgamesh pretende. Los críticos consideran que es la primera obra literaria que hace énfasis en la mortalidad humana frente a la inmortalidad de los dioses. El poema incluye una versión del mito mesopotámico del diluvio.

la tarde una lluvia de trigo. Miré el aspecto del día. Al mirar el aspecto del día tuve miedo. Entre en la nave y cerré la puerta. Al piloto, a Puzur Amurri el barquero, le confié la nave y todo el cargamento.

Al rayar el alba, del fondo de los cielos ascendió una nube negra y en ella rugía el dios Adad. Shulat y Hanish iban adelante. Los portadores del trono van por las montañas del país. El dios Nergal abre las compuertas. El dios Ninurta avanza conduciendo el ataque. Los dioses Anunaki encienden antorchas y abrasan el país. El estrépito del dios Adad llena los cielos. Todo lo que brillaba se ha cambiado en tinieblas. La tempestad sopló con rapidez. Desde que la lucha arremete, el hermano ya no ve a su hermano. Las gentes ya no se reconocen.

Los dioses también tuvieron miedo al diluvio y llegaron huyendo hasta el cielo del dios Anu. Van a echarse fuera como perros y se acurrucan. La diosa Istar gime como una mujer que va a dar a luz. Vocifera la dama de los dioses, la de la bella voz: “¡Que este día se convierta en cieno, porque yo, en la asamblea de los dioses, he proferido el mal! ¡Cómo he podido proferir el mal y hecho morir a mis gentes! ¿Acaso los engendro yo para que como pececillos colmen los mares?” Los dioses Anunaki lloran con ella, los dioses aúllan, se deshacen en lágrimas. Sus labios se cierran y esperan el fin. Seis días y seis noches sopla el viento; el diluvio y la tempestad barren el país.

A la llegada del séptimo día, queda vencida la tempestad, el diluvio que había luchado como un ejército. El mar se calmó, el huracán se calló, el diluvio cesó. Cuando miré el mar, ya no había ruido, pero todos los hombres se convirtieron en cieno. La llanura semejava

un terrado. Abrí la ventana y el día cayó sobre mi mejilla. Tambaleante me senté, sobre mis mejillas corrían lágrimas. Miré hacia el horizonte del mar. A doce leguas emergía una isla. En el monte Nisir se detuvo la nave. Un día, dos días, tres, cuatro días. Un quinto y un sexto día el monte Nisir detuvo la nave sin dejarla mover.

Cuando llegó el séptimo día hice salir una paloma y la solté. La paloma se fue y volvió; como no tenía dónde posarse, regresó. Hice salir una golondrina y la solté. La golondrina volvió. Como no tenía dónde posarse, regresó. Hice salir un cuervo y lo solté. El cuervo se fue y vino el desecamiento de las aguas. Come, revolotea, grazna y no vuelve. Hice salir todo a los cuatro vientos.

Ofrecí un sacrificio. Coloqué una ofrenda en lo alto de la montaña. Coloqué siete y siete incensarios. Sobre el suelo tendí cañas, cedros y mirto. Los dioses aspiraron el buen olor. Los dioses se agolparon como moscas encima del holocausto.

Anónimo de Babilonia

El poema se escribió en tablillas de arcilla utilizando la escritura cuneiforme hacia los años 2500-2000 a. C.. Los estudiosos consideran que el poema se originó en una serie de leyendas sobre el legendario héroe-rey Gilgamesh, que probablemente vivió y reinó a finales del Segundo Período Dinástico Inicial (aproximadamente siglo XXVII a. C.). El mito del diluvio de Gilgamesh es una historia del diluvio en el *Poema de Gilgamesh*. Muchos académicos creen que el mito del diluvio fue añadido a la Tablilla XI en la «versión estándar» del *Poema de Gilgamesh* por un editor que utilizó la historia del Poema de Atrahasis.

“Lectura en voz alta”, la eligió Juan José Arreola. Primera edición en la colección “Sepan Cuantos...”, núm. 103, 1968. Décimo primera edición. Editorial Porrúa, S. A.: México, D. F., México, 1991.

×

Este “gabinete de relatos vol. 1” se terminó de coleccionar y reimprimir en el mes de septiembre del año 2019 en los talleres de Gráfica 414, ubicados en la calle Penitenciaría 414, Colonia Mexicaltzingo, C. P. 44180, en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México. Para su composición se utilizaron las tipografías Circular STD bold y book, y la familia tipográfica Century Schoolbook. Los forros se imprimieron en papel Astrobright 216 gramos para portadas y guardas en Álbum de 90 gramos, los interiores se imprimieron en Cultural de 90 gramos. El tiraje fue de 700 ejemplares. El cuidado de la edición se encontró a cargo del maestro Fortunato Ruiz Verdugo.

G t d ʃ v ʁ c
A M e k I ʃ o
B · · ʃ L ʃ I
I N · M L ʃ e
N ʃ · k A h c
E ʃ M M s ʃ c
T ʃ A · · X i
E I R ʃ · ʃ ó
· ʃ A ʃ · I n